

CUANDO EL ERROR NOS HACE HUMANOS

(DE LOS GRUTESCOS AL ARTE GLICHT)

por Carolina-Lai Puigdevall

Si existe algo que nos caracteriza como humanos es el hecho de cuestionarnos nuestra existencia y todos los aspectos relativos a nuestra condición. A lo largo de los siglos no hemos dejado de preguntarnos si realmente existe la “naturaleza humana”, si nuestra conciencia es individual o colectiva, o si precisamente eso que denominamos conciencia en el sentido más espiritual o metafísico, no es más que el producto de ciertas conexiones neuronales que solo la ciencia sabe explicar. En medio de todas estas dudas ha irrumpido como un tsunami que lo arrastra todo la Inteligencia Artificial, y ahora, a las principales cuestiones filosóficas se suma el interrogante de cuánto va a tardar esta herramienta colaborativa que hemos creado en ser casi humana, y si será posible que esta adquiera finalmente la conciencia que aún no nos hemos explicado del todo y esto la haga capaz de imitarnos y superarnos también en el plano creativo y emocional. Esta preocupación que genera que la tecnología pueda sustituirnos en el terreno del arte es significativa, ya que de entre todas las cosas que nos definen como especie, quizás sea el arte la que más nos humaniza, pues nos conecta con el lenguaje de nuestro tiempo de un modo universal, capaz de eliminar distancias, idiomas y diferencias que en cualquier otro contexto son imposibles de salvar.

Pero la IA también avanza a pasos agigantados en lo que se refiere a la producción cultural. Su control del algoritmo es total, y cada vez con más soltura comienza a hacer uso de una especie de “memoria” artística con almacenamiento casi infinito que le sirve de fuente y de guía para lanzar propuestas de manera exponencial. Puede crear imágenes, melodías y textos con sentido y estética en cuestión de segundos, y por supuesto, esta capacidad desbordante de elaboración hace que nos sintamos amenazados y abrumados ante la idea de lo que puede llegar a lograr. Al fin y al cabo, nosotros también nos valemos de nuestro propio algoritmo para entender el mundo y representarlo, y al conformarse este por nuestra memoria y nuestra experiencia sensible, nunca va a manejar tanta información como la que posee la Inteligencia Artificial. Sin embargo, no todo está perdido, todavía hay algo que nos pertenece y nos define, un territorio en el que nos movemos con confianza y naturalidad: el error. El hecho de cometerlo no es algo exclusivamente humano, pero aprovecharlo y usarlo como punto de partida para la creación sí lo es. Por mucha capacidad de respuesta y ensayo de lo aleatorio que tenga, ninguna inteligencia digital con aprendizaje automático es capaz de abrazar el fallo ni de crear belleza a partir de él.

El error está inexorablemente ligado a la humanidad y a su evolución. Los llamados “errores afortunados” han supuesto cambios paradigmáticos en la historia, en la ciencia y en la cultura. Y en el arte, en vez de rechazarse o corregirse, el error se ha entendido muchas veces como una nueva posibilidad, un lugar desde el cual explorar nuevas vías y prácticas desconocidas, una fuente de acción que surge de lo inesperado. Reconocer la imperfección, aceptarla, y otorgarle valor, es algo tan humano que es difícil que la tecnología pueda lograrlo nunca, pues por lo general está configurada por defecto para revisar, perfeccionar y corregir sus fallos de forma continua. Tampoco es posible para la Inteligencia Artificial encarnar la idea de “el arte por el arte” pues ni tiene ni puede comprender la necesidad de expresión, ni tampoco el impulso primario de romper la norma, o el placer que en ocasiones conlleva hacerlo. Alegrarse de un error cometido es un regocijo reservado exclusivamente para los humanos.

En lo que se refiere al arte, lo cierto es que a lo largo de la historia se han sucedido distintas corrientes que han tomado el error como referencia. Sobre todo en las primeras vanguardias del siglo veinte, durante las cuales; las formas visuales que hasta el momento se habían juzgado como erróneas se convirtieron en la identidad y el carácter del arte de ese tiempo. Algunos críticos de la época definieron el movimiento dadaísta de Marcel Duchamp, por ejemplo, como un “arte-culto-al-error”, y esta afirmación no deja de tener sentido, pues el hecho de emplear el fallo como material estético de una forma consciente tiene mucho que ver con el deseo de romper y desestabilizar el sistema cultural establecido. Para alejarse de los convencionalismos estéticos, los artistas han recurrido siempre a herramientas inherentes a la naturaleza humana como son la subjetividad, el impulso, los sentimientos y la intuición. El error, al fin y al cabo, va de la mano de la sensibilidad y si no hay sensibilidad es prácticamente imposible que haya conciencia.

En relación con esta idea, hay un periodo muy interesante en la historia que se desarrolla en Italia entre los últimos años del siglo XV y los primeros del XVI, durante el cual las personas comienzan a tomar cada vez más conciencia de sí mismas y de su valor como individuos aislados y no sólo como una parte necesaria de la sociedad. Es entonces cuando por primera vez algunos artistas comienzan a dar valor a la creatividad y la subjetividad propias por encima de las reglas del arte. Con este cambio de pensamiento nace el Manierismo (llamado así por la manera o estilo personal de los artistas) y los pensadores de entonces para explicar esta nueva libertad creativa hablan de una especie de movimiento imprevisto del alma que tiene como resultado un elemento estético concreto, los llamados caprichos, imágenes fantásticas que no habían existido antes ni existirían nunca fuera de la mente o de las obras del artista en cuestión. Por algún motivo, después de años de clasicismo, esta nueva forma de expresión se acepta con cierta facilidad y esto hace que todo evolucione cada vez más rápido hacia el terreno de lo irracional. Rápidamente los caprichos derivan en algo más radical, los grutescos, una especie de amasijo de imágenes erráticas, extrañas o imposibles muy apartadas de la belleza tradicional. Estos grutescos; comienzan por aparecer en lugares semisecretos como grutas y jardines (de ahí su nombre) pero finalmente acabarían decorando

las estancias principales de los lugares más importantes de la ciudad. De pronto, la estética se aferra al error y a la subjetividad absoluta, y estas imágenes que muchos consideraban un motivo artístico fallido, surgido del absurdo y de lo irregular, cobran la importancia suficiente como para hacer declarar a los teóricos que el arte ya no era un arte de normas, sino un arte de monstruos. Es curioso como durante este breve espacio entre tiempos, se adoptó el fallo como marca personal y se abandonó la reproducción mimética que los artistas habían llevado a cabo hasta entonces, que recuperarían luego, y que es la que el arte tecnológico sigue realizando a día de hoy.

Esta idea de un arte errático que surge de las grietas del pensamiento me lleva directamente a pensar en un género que se ha ido desarrollando desde la introducción de la tecnología en la vida diaria, y que está bastante presente en la actualidad: el llamado arte glicht¹. Esta práctica se basa en crear “accidentes” intencionados, provocando o aprovechando errores digitales aleatorios. La idea (en el campo de lo visual, pues también existe el glicht sonoro) es capturar los fallos de imágenes fijas o en movimiento para dar lugar a nuevas escenas distorsionadas con una intención meramente estética. Por otro lado, el hecho de recopilar y utilizar los errores que comete la inteligencia digital tiene algo de reconfortante, pues en cierto modo, es tranquilizador demostrar que la máquina, como los humanos, también comete errores. Identificarlos y convertirlos en arte es una manera de humanizar a la tecnología que los comete, y a la vez, de situarnos de nuevo por encima al utilizar nuestro intelecto para aprovecharnos de ellos, disfrutarlos, subvertirlos, y convertirlos en un lenguaje artístico más.

El glicht se construye sobre lo inesperado, y del mismo modo que pasaba con los grutescos, tiene mucho que ver con la idea de abrazar la irregularidad, el desliz y el tropiezo en un hueco imprevisto del discurso que abre de repente un nuevo abanico de posibilidades. En todo sistema hay siempre alguna rendija por donde se filtra el fallo, y es ahí donde aparecen nuevos pensamientos y preguntas. Es necesario que sigan surgiendo porque sin interrogantes, tanto el arte como el ser humano dejarían de avanzar, pues su motor no es el conocimiento sino la duda.